

D'Halmar: el sagrado amor fraternal D'Halmar: The Sacred Fraternal Love

Daniel Balderston

University of Pittsburgh

dbalder@pitt.edu

Este artículo examina la presentación del valor social de la fraternidad en la obra de Augusto D'Halmar, con algunas reflexiones sobre la presentación del amor fraternal en las memorias de Fernando Santiván de la colonia tolstoyana. Enfoca sobre todo la ambigüedad de los vínculos homosociales en D'Halmar.

Palabras clave: D'Halmar, Santiván, fraternidad, homosocialidad, homosexualidad, trabajo manual

This article examines the presentation of the social value of fraternity in the works of Augusto D'Halmar, with additional reflexions on the presentation of fraternal love in the memories of Fernando Santiván of the Tolstoyan colony. Above all, it focuses on the ambiguities of the homosocial bonds in D'Halmar.

Keywords: D'Halmar, Santiván, fraternity, homosociality, homosexuality, manual work.

Recibido: 26 de octubre de 2010
Aprobado: 9 de enero de 2010

"El arte es amor –solía repetir Augusto–. Nos acercamos a nuestros semejantes por el mejor punto de contacto: la belleza". (Santiván 125)

[...] novelas como la suya no se hacen con facilidad pero se viven más difícilmente aún (D'Halmar, "Mi otro yo", *La lámpara en el molino* 89)

"Libertad, Igualdad, Fraternidad". De los tres valores revolucionarios, el que sin duda ocupa el centro de la obra del escritor chileno Augusto D'Halmar es la fraternidad, un concepto que lo fascina, y cuyas contradicciones son evidentes en su obra. La fraternidad es amor, no amistad, y por lo menos en principio no es un amor sexual (aunque en D'Halmar no es necesariamente así). Cuando se usa para hablar de un mundo masculino es un concepto que excluye a las mujeres. Y no es sinónimo necesariamente de la igualdad: como veremos, la obra de D'Halmar está construida en torno a relaciones fraternales desiguales, sea por cuestiones de poder personal, diferencia de clase, o por ideas algo místicas de "genio" artístico. Tanto en sus obras –y me voy a enfocar hoy en *Juana Lucero* y *La sombra del humo en el espejo* sobre todo¹– como en el relato biográfico más importante sobre él, *Memorias de un tolstoyano* de su cuñado Fernando Santiván, la fraternidad se entiende como un proyecto de solidaridad humana utópico e irrealizable, pero a la vez inagotable fuente de reflexión y de historias.

Tal vez lo mejor es comenzar con el relato de Santiván. Éste narra su pasión por las ideas y las obras de Tolstoy, que lo lleva a los dieciocho años a proponer a dos amigos, a Augusto Thomson (el futuro D'Halmar) y Julio Ortiz de Zárate, que establezcan juntos una colonia tolstoyana en el sur de Chile, inicialmente en la región "fronteriza" cerca de Temuco. El proyecto naufraga casi de inmediato, en parte por las veleidades de Thomson con respecto al lugar ideal para la colonia (no quiere estar lejos de Santiago ni en condiciones incómodas), en parte por la inexperiencia de los tres (y de los amigos que se suman después), y en gran parte por la aversión de Thomson y algunos de sus amigos al trabajo manual. Según Santiván, Thomson nunca fue un auténtico tolstoyano, porque nunca asumió responsabilidad por el trabajo práctico que había que hacer. En consecuencia, acaba tratando a Santiván como sirviente en vez de como igual². Pero, sin duda, hay algo más. Santiván se empeña en describir los detalles de la vivienda en que se estableció la colonia, de cómo lo marginaron a la hora de designar un cuarto como dormitorio, y de cómo D'Halmar despotricaba en contra de las mujeres. Hay un capítulo misterioso

¹ Hablaré menos de *Pasión y muerte del cura Deusto*, ya que lo he comentado en otros escritos (ver Balderston).

² Pero vale la pena notar que para D'Halmar el sirviente tiene una posición erotizada. Al final de *Capitanes sin barco*, en un párrafo de la última página que resume elementos de la trama de esa novela y de varios de sus otros escritos, dice: "Malcolm, que así hablaba con acento árabe propio a remover mis más sutiles memorias, ya no era ni Kakehashi el japonés, ni el hindu Etbari, sino Zahir, mi 'fella' de 'La Sombra del Humo en el Espejo'. Uno y trino, mis tres domesticados de distinta raza, se habían refundido en un solo doméstico no más: la Sombra Servidora; el Servidor de la Sombra" (166).

que comienza: "Después de la penosa confidencia, guardamos silencio" (213)³. Se ha asumido que ese capítulo tiene que ver con el origen ilegítimo de D'Halmar, pero la manera en que se hace eco de esta "penosa confidencia" en *La pasión y muerte del cura Deusto*, donde la sirvienta Mónica recuerda una ruptura entre Deusto y su mejor amigo cuando éste lo deja para casarse con la hermana, obliga a pensar que aquí D'Halmar dice una verdad en su novela que Santiván no se atreve a decir en sus memorias⁴.

Lo que le da más rabia a Santiván es el hecho de que la utopía se hace trizas porque los demás no se portan como sus iguales sino como sus superiores: "¿La fraternidad de los seres humanos era simple utopía?" (71)⁵. Socialmente no es realmente así: el padre de Santiván era más solvente que la familia deshecha de D'Halmar, y Santiván tiene parientes poderosos, algunos terratenientes. Y la diferencia de edad no es tanta: Santiván tiene dieciocho cuando D'Halmar tiene veintitrés. Es sobre todo una cuestión de actitud: D'Halmar se considera un elegido, un genio⁶, y ni él ni sus amigos pintores se dignan a ensuciarse las manos en lo que iba a ser una utopía agrícola; Santiván, joven rebelde de clase media, ha pasado por una Escuela de Artes y Oficios y comparte con Tolstoi (y con Gandhi, mencionado aquí también [52]) la idea de que el trabajo físico dignifica. Por eso mismo, lo tratan como sirviente, pero él ha escogido trabajar con las manos, y se resiente que esa decisión se interprete como debilidad⁷. Sin duda, ese resentimiento tiene que ver también con el hecho de sentirse marginado en

³ Cfr. el texto "Alrededor de Loti" en *Cristián y yo*, donde el narrador habla de su creencia de que el alma de su abuelo se ha transmigrado en la suya, y dice de repente al amigo: "¿Usted cree que uno puede llegar a enamorarse de otro hombre?" (149). Continúa sobre las almas en la página siguiente: "¿Qué venían a significar en este caso ni el sexo ni el uniforme? Yo había amado su alma, Cristián" (150). Es decir, los circunloquios son la manera habitual en D'Halmar para hablar del amor entre dos hombres. La culminación de este proceso se da en los diálogos en *La pasión y muerte del cura Deusto*.

⁴ Sylvia Molloy ha notado la recurrencia de anécdotas en la narrativa de D'Halmar que tienen que ver con una ruptura entre dos amigos cuando uno decide casarse con la hermana del otro (109). El propio Santiván nota que la relación entre él y D'Halmar provee un "hilo conductor" para entender obras como *La lámpara en el molino* y *Vida y pasión del cura Deusto* (sic) (251). Sin duda la historia de Santiván, D'Halmar y sus hermanas es la fuente del relato largo "La lámpara en el molino". La misma situación se produce en el cuento "Cristián y yo", cuando los dos amigos se casan y confiesa el narrador: "Nos casamos y la noche de la boda quedé viudo, ¿entiende usted?" (32).

⁵ O en otra página: "al mismo tiempo, sentíame opacado al pensar que era yo un muchacho desconocido y sin merecimientos entre hombres de un extraordinario valer" (142-43). También observa: "Las costumbres austeras que fraternalmente debimos compartir en la casa ofrecida por Magallanes Moure, se convirtieron, poco a poco, en perpetua e insustancial academia de agudezas literarias, en estéril torneo de sutiles ocurrencias y de amables chanzas" (159).

⁶ Santiván habla del "carácter dominante por naturaleza" del joven Thomson (78) y de su "dictadura espiritual sobre la juventud literaria" (80). También usa mucho lenguaje como "sacerdote", "altar" y "apostolado" con respecto a D'Halmar (ver, entre muchos ejemplos, 81). También lo compara a un "joven faquir musulmán" (131, y también en otras palabras en 162) y habla de su "silueta del artista-pontífice" (151). Sin embargo, insinúa que todo lo que hacía D'Halmar era una pose: "A pesar del espíritu apostólico, se posaba para la posteridad" (84).

⁷ Santiván anota lo que le dice un amigo de la juventud: "toda persona es susceptible a ser dominada. Para eso es necesario desplegar una 'táctica' especial, no exenta de complicación psicológica" (36). Y expresa una reacción homofóbica con respecto a D'Halmar:

su masculinidad, aún cuando los "superiores" en esta historia son bohemios que apoyan un ideal masculino del dandy, del que no se ensucia las manos, que otros interpretarán como una especie de femineidad⁸.

En ese respecto es interesante que la rebelión de Santiván tome forma de la búsqueda de la compañía femenina, sobre todo de la joven viuda Hortensia. D'Halmar dice abominar de las mujeres (salvo de sus "santas" tutelares, la abuela y las hermanas), y proclama que la utopía tolstoyana será casta (En eso se distancia bastante de la vida del maestro ruso, de cuyos excesos mujeriegos –incluso en la extrema vejez– escribe Orwell un ensayo ácido). D'Halmar parece entender la castidad, sin embargo, como espacio para notables amoríos masculinos, tal vez "platónicos" en el sentido en que ese adjetivo se usaba en la época (y que poco debe a Platón) pero, sin duda, de importancia capital para los "amigos"⁹. Incluso en *La sombra del humo en el espejo* ese vínculo llega a llamarse "amor", aunque normalmente se califica con términos relacionados al vínculo fraternal¹⁰.

Antes de la aventura tolstoyana D'Halmar (bueno, Thomson) había escrito su única novela centrada en un personaje femenino, *Juana Lucero*, notable novela naturalista sobre la degradación de una muchacha al quedarse huérfana. Aún en esa novela, sin embargo, el mundo de las fiestas de élite y del mundo prostibulario son marcados por la ambigüedad sexual. Los hombres son "camaradas durante esa noche, sometidos a fraternizar, nivelados por el vicio común" (155). Su mundo masculino es frágil, sostenido en la explotación de las mujeres, pero propenso a que los invada, por ejemplo, "un chiquillo buen mozo, disfrazado de mujer, para que se le enamoraran los futres y tener motivos de pelea" (166). El matrimonio es, perversamente, de un "perfecto platonismo" (189): se toca a la esposa sólo con fines de procrear una prole legítima, pero la pasión está siempre en otra parte. Una de las prostitutas observa, casi al final de la novela: "[I]os hombres, no contentos con emanciparse de nosotras, nos hacen competencia. [...] ¿No se acuerda que hace poco fue absuelto un capitán que forzó a su asistente y al muchacho lo condenaron por haberse dejado?" (197). La anécdota revela el agudo razonamiento de la prostituta: igual que nuestros clientes, que se

"Tanta delicadeza, ofrecida con actitudes casi femeninas, sin que me diera cuenta por qué, me producía malestar, y yo procuraba evitar esas efusiones" (221).

⁸ En cambio, siente una afinidad inmediata con Baldomero Lillo, y no sólo por el interés por parte de éste en la clase obrera: "Baldomero Lillo, por esos días nacido a las letras chilenas, con bíceps de atleta, aprobaba fraternalmente" (85). Con Ortiz de Zárate anota lo mismo: "Julio y yo afectábamos complacencia campechana en contacto del hermano pueblo, a quien íbamos a conocer de cerca y a redimir" (88). Nota que "al lado de personas opulentas se veían proletarios modestísimos que confraternizaban y se ayudaban mutuamente" (269), observación que socava el proyecto de estos intelectuales de "redimir" a su pueblo.

⁹ Sobre este tema ver el libro de Santiván (118-22, también 152, 167-70, 182).

¹⁰ Hacia el final de su libro, después del fracaso de la colonia tolstoyana y en el período cuando Santiván entra en noviazgo con una de las hermanas de D'Halmar, anota que hay un cambio de actitud: "su posición fue fraternal, desprejuiciada y humana" (204), aunque también nota que la nueva "sana armonía" que se produce entre ellos se debe a que "nuestra vida adquirió ritmo tranquilo, burgués, burocrático" (205). "Cristián y yo" también parte de este concepto, en la tercera frase del relato: "al principio fraternizábamos" (29).

liberan del estigma al pagarnos, el capitán no se castiga; el castigado es el que está en la posición sumisa, "femenina", "por haberse dejado".

Es decir, se asume la perspectiva de las mujeres para estudiar el mundo de los hombres. Según Santiván, D'Halmar aborrecía de las mujeres; la evidencia de esto que nos da *Juana Lucero* (según Santiván, la mejor novela de su cuñado) es, sin embargo, bastante equívoca. Aunque se siente a veces el tono furioso que describe Santiván en pasajes como este: "Se cometen crímenes para satisfacer groseros apetitos; degrádase el honor, la religión, hasta la dignidad, por el goce bestial de la hembra con el macho, y en este fango en que naufraga cuanto de bueno pudiese hacer respirable la vida, nunca flotará sino lo que es lama: lo malsano y lo contagioso" [102]). De algún modo el punto de vista de la huérfana convertida en sirvienta por su tía, luego violada en otra casa burguesa donde trabaja de costurera, luego convertida en amante por el novio de la hija de esa segunda casa hasta que éste decide abandonarla en un burdel, se parece a la perspectiva del médico que utilizaba Zola (el gran maestro de D'Halmar en este momento de su carrera) para diagnosticar los males de la sociedad¹¹. La prostituta —y uno piensa también en la falsa Clara Béter, estudiada por Francine Masiello (176)— habla de su degradación, pero también le sirve al autor (masculino) para analizar las fallas de la sociedad. Piensa Juana en el burdel: "quién era esa amable muchacha que se preocupaba de hacerle una cortesía como a una persona: ¿acaso ella no era solamente una cosa, desde hacía mucho tiempo?" (139), o más adelante, "¿Quién me dice que soy yo misma?" (173). Una sociedad donde no se piensa en el otro, donde falta la empatía o —como dirá poco después, en los meses de la colonia tolstoyana— la fraternidad¹².

Si Santiván critica a su cuñado por manejar estos ideales de modo abstracto, y de comportarse como un buen señor burgués en la vida cotidiana (aún en el día a día de la colonia tolstoyana), D'Halmar de algún modo se refugia en el mundo ideal de modo mucho más extremo en sus dos libros de 1924, la novela *La pasión y muerte del cura Deusto* (escrito en España, según el colofón, en 1920) y en su libro de viajes *La sombra del humo en el espejo* (que relata los viajes por Oriente poco después del fracaso de la colonia tolstoyana, y que fue escrito en París poco antes de publicarse)¹³.

¹¹ *Juana Lucero* también abunda en análisis del sistema de clases chileno: ver por ejemplo 85 y 181 ("Si se acusa a los de arriba, el maravilloso orden social puede resentirse"). La prostitución se describe como esclavitud (159, 160), y en un homenaje explícito a Zola, Juana asume el nombre de guerra de Naná hacia el final de la novela, y se habla de la "mosca zolaniana" que abandona la podredumbre de las clases bajas para entrar en los palacios e infectar a los señores "con la muerte que de abajo recogiera" (191). Hasta el cementerio está organizado así: "divide en clases la misma república de la muerte" (201).

¹² El verbo *fraternizar* aparece en *Juana Lucero* pero en sentido más limitado: en la misa, "[a] la vista atónita de las gentes que fraternizaban en una sola creencia, se repetía el milagro de la transubstanciación" (47). Y se usa de forma negativa, para hablar de la perversión en los colegios y en las iglesias: "acaso profesores o discípulos en un mismo instituto, camaradas durante esa noche, sometidos a fraternizar, nivelados por el vicio común" (155). Son más frecuente otros giros para hablar de la empatía: "una inagotable piedad para sus semejantes" (79).

¹³ Al final de *Memorias de un tolstoyano*, Santiván relata que D'Halmar, al ver a su amigo casado con la hermana, dice rabiosamente: "Me iré... Me echan de esta casa... Soy aquí un estorbo... ¡Está bien!... Saldré a vagar por el mundo... No tengo hogar... Todos mis sueños

Estos libros están hermanados entre sí de muchas maneras curiosas: el Aceitunita sevillano de la novela es de padre gitano y madre judía, Zahir el egipcio es de padre musulmán y madre judía; los dos se describen como esbeltos y apasionados; sirven de guías, y después de sirvientes, al hombre mayor que los saca de su mundo. Pero si el cura Deusto nunca se atreve a hablar de su amor, D'Halmar, como narrador de su propia experiencia con Zahir en Egipto, Ceilán, la India, Italia y Francia, no vacila en tildar la relación con el egipcio de amorosa. "Me amó como supo y pudo, sacrificando por mí sus juveniles amores, y yo no sé que nadie me haya amado más y mejor" (188) dice, cuando se prepara para mandarlo de regreso a Egipto. El joven oriental, en París, "ese efebo exótico, que atraía las miradas de hombres y mujeres y hacía converger todos los deseos hacia su perturbadora belleza" (187), es el objeto de deseo, pero es también el que se atreve a desear (y eso lo une al Aceitunita). En la última página D'Halmar rememora un incidente del principio de la relación, cuando iba a ver la Esfinge de noche con Zahir. Viaja en tren (como el Aceitunita en el tren que lo pisará al cura Deusto), y escucha una conversación de dos mujeres en el compartimiento, y una hace un comentario que lo hace sentir aludido: "Ha amado mucho" (196). Entonces, él se acuerda: "[a] la luz de la lamparilla vi a Zahir medio inclinado, que me acababa de cubrir con su albornoz. ¿Era él quien se atreviera a besarme? Busqué con los ojos, pero nos hallábamos solos en el compartimiento. Afuera clareaba" (197). Y observa: "[c]uando sacudí la presión y me puse en pie, sentí el desgarramiento que debe sentir el árbol al desprenderse de su última hoja. A partir de ese instante, nuestras existencias comenzaban a separarse, y la soledad, la vieja soledad fiel, me recobraba" (197)¹⁴.

Curiosamente, entonces, el apóstol del amor fraternal es el que de algún modo busca ese desgarramiento, esa separación. El yo se construye a partir de sus relaciones equívocas con el otro; recupera la posibilidad de narrar la historia años después, luego de haberse cortado la relación y de haberse sumido en la soledad y el silencio. El amor perdido se hace más bello en el recuerdo, y sólo se puede contar como recuerdo, casi como ensueño. El D'Halmar de *La sombra del humo en el espejo* es, como los amantes de *La pasión y muerte del cura Deusto*, sólo capaz de expresar el amor cuando se ha ido o cuando se sabe imposible. No en vano el título del libro de viajes alude a representaciones de representaciones –la *sombra* del *humo* en el *espejo*– ya que la plenitud de la experiencia sólo se produce en el recuerdo y en la escritura¹⁵.

se derrumban... Seré un paria..." (262). Ver también esto, del final del libro: "Nuestras vidas tomaron, desde entonces, un camino diferente. El se marcharía al extranjero" (272).

¹⁴ Es posible que todo el relato sobre Zahir sea ficción, o parcialmente ficticio. En los otros escritos sobre el viaje a la India –*Nirvana* (*Cuaderno de bitácora*) [1935] que tiene forma de diario, y *Mi otro yo* (*De la doble vida en la India*)– no aparece, aunque sí hay otros sirvientes esbeltos y esmerados, como por ejemplo Etbari (*Nirvana* 135), y hay un catálogo de otros jóvenes sirvientes seductores en el mismo libro (195-98). Además, en varios tomos de las *Obras completas* de D'Halmar que publicó Ercilla en los treinta, *La sombra del humo en el espejo* aparece como "novela", a pesar de la nota preliminar de D'Halmar "A propósito de este libro de viajes" donde habla del libro como fruto de su experiencia en Oriente.

¹⁵ Dice Juana Lucero: "A mí me gustan las novelas en que salen personajes que no se parecen en nada a nosotros; porque entonces gozo figurándome lo que nunca llegaremos a ser" (113).

Santiván registra que en una escala en Valparaíso, rumbo al sur a la todavía futura (y todavía posible) colonia tolstoyana, D'Halmar hablaba en estos términos:

[n]osotros debíamos ser nada más que apóstoles de un evangelio novísimo, avanzadas de un movimiento espiritual que podría transformar la vida de un pueblo. La imaginación nos mostraba la construcción imponente. El ejemplo de sencillez de nuestras costumbres atraería a las gentes humildes, a los niños y a los indígenas. Crecería el núcleo de colonos; nos seguirían otros intelectuales; fundaríamos escuelas y periódicos; cultivaríamos campos cada vez más extensos; nacerían una moral nueva, un arte nuevo, una ciencia más humana. La tierra sería de todos; el trabajo, en común; el descanso, una felicidad ganada con el esfuerzo, pero jamás negado a nadie. Desaparecerían las malas pasiones, no habría envidias, ni rivalidades, ni rencores, ni ambiciones personales, ni sexualidad enfermiza. ¡Hermanos, todos hermanos! (94)

La obra total de D'Halmar gira en torno a este sueño, este ideal, esta pose. Es una utopía siempre potencial. El problema es la relación que se establece entre, como decía Cernuda, la realidad y el deseo¹⁶. Tanto "realidad" como "deseo" son mezclas impuras de lo ideal y lo "enfermizo"¹⁷. El amor "fraternal" no puede existir entre hermanos (ni entre cuñados), y el pueblo (o el radicalmente otro, como Zahir) sólo es "hermano" en cuanto a ideal. "El amor al pueblo, de escritores como Augusto, es casi siempre platonico y distante, porque su aristocracia espiritual impide la compenetración cordial, como puede existir entre seres de una misma clase" dice Santiván (109)¹⁸. Y cuando hay gestos de solidaridad, de empatía, a veces nacen de ese otro que se siente tan lejano: la mujer que les ofrece comida "y nos daba una lección de llaneza, sinceridad y honda fraternización" (109)¹⁹, Zahir y el Aceitunita que adoran, callados. El juicio de Santiván es terminante:

[i]mpotente rebeldía, obscuro pesimismo, amargaron parte de su vida. El arte recogió más tarde en sus libros ese alquitarado producto de alquimias medievales, pálida

¹⁶ Es interesante cómo referencias a los mismos incidentes atraviesan las obras de D'Halmar, e incluso cómo una novela se refiere a otra. Ya hemos mencionado el hecho de que el sirviente en *Capitanes sin barco* es para D'Halmar el mismo sirviente (aunque de diferente raza y nombre) de *Mi otro yo* y *La sombra del humo en el espejo*. Otro ejemplo: al final de *Mi otro yo*: "Miguel Orth permanecería lejano y ajeno a cuantos vió, como si no fueran ni hubiesen siquiera sido. Hasta su misma terrible pasión y muerte indias, llegarían a parecerle un relato que otro le hiciese: la sombra del humo en el espejo" (*La lámpara en el molino* 176).

¹⁷ Sobre la "realidad" para D'Halmar, ver Santiván 194.

¹⁸ Observa que esto es un problema también para el admirado Tolstói, "refinado descendiente de grandes señores, al pretender identificarse con sus antiguos siervos" (109).

¹⁹ También esto ocurre con la vecina de enfrente de la colonia tolstoyana, "a quien Augusto consideraba insoportable, [quien] acudió a ofrecer su ayuda y confraternizó con mis compañeros" (185).

"sombra de humo en el espejo", néctar para hombres de refinamiento o desequilibrio. (251)

El propósito fraternal, que incluía el proyecto de escribir obras en colaboración bajo el común seudónimo D'Halmar (252, 260)²⁰, fracasa, así como la colonia tolstoyana, igual que la idea de reformar la sociedad chilena. Queda la nostalgia de ese ideal, y quedan las obras –de D'Halmar, pero también de Santiván– que dan cuenta de ese breve sueño. Concluye Santiván: "[d]espués de todo, sólo Augusto D'Halmar, el menos tolstoiano de los tolstoianos, estuvo en lo cierto. Al referirse a nuestra aventura, nunca dijo nada verdadero sobre la colonia. Cada vez que tuvo ocasión, procuró agregar misterio y vaguedad sobre nuestras inocentes correrías; jamás abandonó su papel de creador imaginativo por excelencia" (273).

Obras citadas

Balderston, Daniel. "Los caminos del afecto: La invención de una literatura queer en América Latina." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 63-64 (2006): 125-49.

—. "Interpellation, Inversion, Identification: The Making of Sexual Diversity in Latin American Literature, 1895-1938." *A contracorriente* 6.2 (2009): 104-21. <http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/Balderston.pdf>

—. "Secrets and Truths." *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*. Ed. Mario Valdés and Djelal Kadir. New York: Oxford University Press, 2004. 1: 349-55. D'Halmar, Augusto. *Capitanes sin barco*. Santiago: Ediciones Ercilla, 1934.

D'Halmar, Augusto. *Cristián y yo*. Santiago: Editorial Nascimento, 1963.

—. *Juana Lucero*. Santiago: Editorial Universitaria, 1996.

—. *La lámpara en el molino*. Santiago: Ediciones Ercilla, 1935.

—. *Nirvana*. Santiago: Ediciones Ercilla, 1935.

—. *La pasión y muerte del cura Deusto*. Santiago: Editorial Nascimento, 1938.

—. *La sombra del humo en el espejo*. Santiago: Editorial Nascimento, 1982.

Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, & Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1992.

Molloy, Sylvia. "Of Queens and Castanets: *Hispanidad*, Orientalism, and Sexual Difference." *Queer Diasporas*. Comps. Cindy Patton y Benigno Sánchez-Eppler. Durham: Duke University Press, 2000. 105-21.

Orwell, George. "Lear, Tolstoy and the Fool." Versión en línea: http://www.orwell.ru/library/essays/lear/english/e_ltf.

Santiván, Fernando. *Memorias de un tolstoyano*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.

²⁰ Una interpretación interesante de ese proyecto de escritura en colaboración es la de Molloy (270).